

El arte y lo sagrado

Visiones y revisiones

Daniel Goldin

(coordinador)



Ediciones Era



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

Liminar

Daniel Goldin

¿Puede el arte negar la dimensión sagrada que le dio origen y que desde fines del siglo XIX no encuentra más sostén ni refugio en la religión? Ésa es la pregunta que, de manera más o menos explícita, une los diez ensayos reunidos en este libro. Pensado como un homenaje a Juan García Ponce, uno de los escritores clave de la literatura iberoamericana de la segunda mitad del siglo XX, nueve autores han sido aquí convocados para rumiar, discutir, rebatir o ampliar los argumentos de “El arte y lo sagrado”, un ensayo publicado por García Ponce en el convulso año de 1968.

Para cualquiera que recuerde ese año en el que, con aire rebelde y festivo, la imaginación pretendía tomar el poder, puede resultar extraño que un joven escritor de poco más de treinta años y comprometido con su tiempo se abriera a un tema que ya entonces únicamente solía ser abordado en relación con la historia del arte. No con el presente, menos aún con el futuro. Cincuenta años después, pensar en el tema resulta aún más extravagante. Tal vez esto sea un rasgo definitorio de nuestro tiempo. Tal vez por eso es más apremiante volver a ponerlo sobre la mesa.

En 1968, García Ponce aprovechó ese ensayo para dialogar con artistas, filósofos, teólogos, poetas y escritores que alimentaron su propia obra como narrador, dramaturgo o ensayista. Buena parte de sus interlocutores ya estaban muertos o consagrados. Todos asumieron que lo sagrado no es una cuestión solamente relacionada con el espíritu; que compromete el cuerpo y el deseo. Casi todos asumieron también que la creación artística es

una forma del pensamiento, acaso la más comprometida. Los modernos lo reconocen: el arte no es un asunto inocente; se nutre de ideas. Celebra la vida, pero se abre a las paradojas que supone nuestra existencia como individuos. Y asumen que el arte debe cuestionar críticamente sus propias condiciones de existencia. Se alimenta de la tradición, desde luego, pero no la repite. La renueva sin pretender superarla: en el campo del arte no hay progreso, se retorna siempre al origen originante. Y cada vez es diferente porque cada artista es singular. Insisto, es un campo que produce pensamiento, no que traduce previamente ideas pensadas. Es el espacio para la confrontación ontológica más descarnada. Sin embargo, lo que en el arte acontece (no lo que ahí se expresa) es intraducible. Ésa es una de las paradojas sobre la que deben saltar los ensayistas que hablan de arte. Saber que lo suyo es sólo acercarse al lector a un campo e invitarlo a saltar, para luego guardar silencio.

No voy a abordar en este breve texto la complejísima trama de García Ponce, tan luminosa como oscura. El lector podrá encontrar el ensayo en el apéndice de este libro. Quien se interne en él, leyéndolo y releuyéndolo, notará cómo se construye a través de una gramática peculiar. Ésa que sirve para hablar de lo inefable; para hacer aparecer lo invisible; para saltar sobre esas categorías que concebimos como opuestas: luz y oscuridad, presencia y ausencia, el uno y lo otro; para vencer a la muerte afirmando la fugacidad de la vida. Cada artista lo hace de manera singular. Desde fines del siglo XIX, no hay en esa búsqueda una promesa de consuelo ni de expiación. No hay lugar para culpas, paraíso, infierno ni purgatorio. Han perdido valor esos escenarios en los que solemos pensar cuando hablamos de lo sagrado. Lo sagrado se ha diferenciado de la religión. Es un acontecimiento ontológico. Como tal, se nutre de la inocencia y exige atención y cuidado. El arte finalmente es eso: llevar el lenguaje a sus límites a partir del rigor.

Asumiendo que tanto el arte como lo sagrado son dos conceptos que se han transformado y lo seguirán haciendo ya sea en términos históricos o sociales, los nueve ensayistas que hemos invitado revisan, discuten, amplían la visión de García Ponce, a veces indagando en las mismas fuentes o pensando con base en otras referencias y perspectivas.

En “Visiones”, la primera parte de este libro, hemos agrupado cuatro ensayos cercanos al universo de Juan García Ponce.

Juan Antonio Rosado, una de las personas que mejor conoce la obra integral de nuestro escritor homenajeado, analiza los vínculos que en ella se establecen entre el arte y lo sagrado a través del erotismo. Ver, ser contemplado, es un ejercicio de afirmación de la vida. “Un dios de la repetición a través del olvido y no un dios de la unidad a través de la memoria: repetición de lo mismo, Eterno Retorno.” Nietzsche, Bataille, Klossowski y Caillois son citas obligadas en ese paseo por la obra creativa (narrativa y dramática) y ensayística del autor de *Crónica de la intervención* (de la vida en el arte y del arte en la vida), sin duda la novela más ambiciosa de García Ponce.

Esteban García Brosseau toma como punto de partida el análisis de uno de los pintores más inquietantes del siglo XX, justamente porque siempre permaneció ajeno a las vanguardias. Me refiero a Balthus. Esteban se interna en una obra en particular, *La lección de guitarra*, un cuadro que había estudiado García Ponce en “Una lectura pseudognóstica de Balthus”, y teje su ensayo retomando a otros dos pintores sobre los que Juan García Ponce escribió luminosas páginas: Paul Klee y Fernando García Ponce. Para García Brosseau, las tres interpretaciones corresponden a lo que entendía Heidegger con el concepto de *aletheia*.

Por su parte, Humberto Beck recurre a Marcel Duchamp, en particular a una de sus obras emblemáticas: *El gran vidrio*. En su ensayo afirma que en nuestra época el vínculo entre el arte y lo sagrado está mediado por la técnica. A pesar de haber sido los

agentes de la desacralización, la ciencia y la tecnología “muy pronto se volvieron a sacralizar”. Apoyándose en Iván Illich, Beck afirma que si la ciencia y la técnica desacralizaron el mundo y crearon las condiciones de un progreso material sin precedentes, también posibilitaron la emergencia de un nihilismo antes desconocido. Lo que venga después quizás sea una nueva entrada en lo sagrado, pero una que solamente ocurrirá después de una inquietante experiencia de la nada. ¿Será cierto? Ésa es una pregunta turbadora que ninguno de los lectores puede responder hoy, pero que algunos de los creadores actuales hacen suya.

En “Tamayo y Toledo: pintar la esencia de la vida”, Fernando Gálvez se detiene en dos de los pintores clave del arte moderno mexicano. Uno previamente estudiado por García Ponce, el otro apenas mencionado por él. Ambos artistas oaxaqueños supieron contemporizar entre el arte universal y su herencia indígena. Ambos se nutrieron del arte precolombino y del arte popular desde una distancia estética, pero atenta a los creadores. No se necesita compartir la cosmogonía de un artista para sentirse tocado por su obra. Los dos supieron también dialogar con la tradición artística europea sin complejos ni sumisión. Me parece singularmente relevante en el ensayo de Gálvez su manera de recuperar una dimensión creativa no siempre debidamente resaltada de los dos artistas que estudia. De forma paralela a su creación individual, ambos pusieron de relieve la tradición de la que provienen y a la cual renuevan; como curadores, promotores o gestores, ambos asumieron que sólo eran uno más. ¿Es acaso una lección de humildad o un gesto que revela una conciencia de la comunidad como la dimensión primordial del ser humano? Un torrente pagano, politeísta, no antropomorfizado, nos saluda desde esas páginas para enriquecer la visión sobre lo sagrado. Desde esa pluralidad podemos también leer la trayectoria de los dos artistas oaxaqueños como una invitación a redimensionar la creación.

En “Revisiones”, hemos agrupado cinco ensayos que se alejan de los referentes abordados por Juan García Ponce.

En “La dimensión sacra en el arte contemporáneo”, José Manuel Springer se detiene en la obra de artistas como Hermann Nitsch, Ana Mendieta o Yayoi Kusama, y la paradójica manera en que se restauró la sacralidad ausente en el arte visual vanguardista, a partir de una estética ritual de experiencia de lo numinoso, retomando la cercanía con la naturaleza, los rituales de la sanación (Marcos Kurtycz y Anna Halprin) y el erotismo femenino (Mendieta, Kusama y Francesco Clemente), convertidos en vías de recuperación de lo sagrado en su sentido trascendental, como experiencia de lo profundo misterioso de la vida.

Al asumir una perspectiva de género, la (re)lectura de Pablo Soler Frost sobre el tema del arte y lo sagrado, a pesar de que se sumerge en la historia, no podría ser más contemporánea. Soler Frost nos muestra que hay y hubo voces y experiencias ignoradas, como las de la genial pintora sueca Hilma af Klint (1862-1944), o acalladas, como las del poeta, dramaturgo, pintor y cineasta francés Jean Cocteau (1889-1963). Ambos artistas estuvieron abiertos a lo sacro y ambos sufrieron el silencio. Ojalá su ensayo invite a otros a volver a revisar la historia y rescatar la obra y las perspectivas de artistas silenciadas o silenciados.

Como poeta y cantante, Carmen Leñero asume un tono particular en su colaboración. Dubitativo, ligero y provocador, su texto incita a acercarse de una forma diferente. Lo trascendente no tiene por qué ser una condición obligada de lo sagrado. Y casi juguetona nos invita a encontrar lo sagrado en lo pequeño y lo disperso, pues, como ella propone, tal vez la realidad es sagrada en sí misma y lo que debemos celebrar es su radiante evidencia.

En “Repeticiones y reincidencias”, José Manuel Velasco propone la repetición como una vía de acceso a lo sagrado. Su sugerente ensayo revisa la obra de creadores contemporáneos como

Francis Alÿs, Richard Long, César Aira y Sol LeWitt, pero también Ravel y Kierkegaard, o de prácticas tradicionales en las que lo artístico aún no se distinguía de los ritos religiosos.

Cierra el libro Carla Faesler con un ensayo desenfadado, fresco, que trae la reflexión sobre el arte y lo sagrado a una cotidianidad en la que los referentes políticos y culturales hoy dialogan con obras y autores clave de la cultura occidental. A manera de un cuaderno de notas, Faesler nos narra su relación personal con el ensayo “El arte y lo sagrado” y constata que es importante tener presente cómo la cultura occidental nos ha condicionado, ya que, en última instancia, “lo sagrado es una construcción mental”.

Con ese mismo espíritu, publicamos este libro, que quiere abrir preguntas e invitar al lector a leer o releer obras fundamentales y a cobrar conciencia de que un tema como el arte y lo sagrado es tan actual como lo ha sido siempre, aunque hoy apenas se mencione.